

Próximo número
Extraordinario

Año 1923

AGOSTO

11

Sábado

MADAME MORLAND

(HISTORIA DE UN PROCESO SENSACIONAL)

Protagonista: MIA MAY

Emocionante novela en que la tragedia de unos celos feroces y vengativos ponen una nota negra en unos amores inocentes, que al fin triunfan sobre todos los prejuicios humanos. - Uno de los asuntos más estupendos de la cinematografía moderna.

POSTAL FOTOGRAFIA: La tan deseada de
MARIA JACOBINI

No deje de adquirir esta novelita cuya lectura le proporcionará un rato de interés palpitante verdad.

PRECIO INCREIBLE 50 cts.

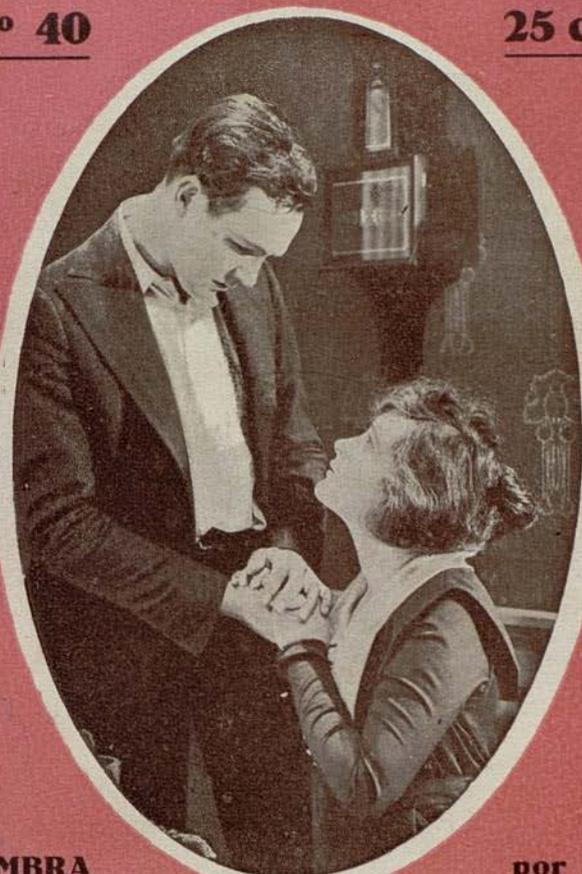
NO DEJE DE ADQUIRIRLO EL MISMO

SÁBADO 11 DE AGOSTO

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

N.º 40

25 cts.



**LA
SOMBRA
DEL PADRE**

por
Charles Ray
FilmoTeca

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 40

La sombra del padre
por CHARLES RAY

Marca FAMOUS PLAYERS
Programa RIALTO

Concesionarios: SELECCINE, S. A.
Ronda Universidad, 14. ——— BARCELONA.

Argumento de la película de dicho título

HIPNOTISMO: Inducido ya sea fisiológicamente ó por sugestión.

AUTO-HIPNOTISMO: Movido por propia sugestión.

Todo humano, al nacer, lleva en sus venas, con la sangre de sus padres, sus cualidades y sus defectos. Pero si bien éstos pueden corregirse desde el principio de la educación del ser, y aquéllas conservarse y desarrollarse inclusive,

no hay remedio para los defectos ó vicios, y contagian las cualidades ó virtudes, cuando la sugestión de la ley de herencia se apodera absolutamente del cerebro y lo precipita despiadadamente, inconscientemente, en un plano social inferior al en que vivieron sus antepasados.

*
**

Empieza nuestra narración en el vigésimo primer aniversario del nacimiento de Guillermo Bates, único heredero de una porción de millones de duros.

Los seis tutores del millonario, que cumplieron honradamente con sus deberes de administración de los intereses y negocios del joven, se reunieron ceremoniosamente para felicitarle el cumpleaños y mayoría de edad.

Por orden de turno, las dignas personas cuya misión de velar por Guillermo terminaba aquel día, le dirigieron la palabra, y entre todas le lle-

naron la cabeza de muy importantes consejos y de severas advertencias y recomendaciones.

Al parecer ninguno de los presentes había tenido veintiún años.

Entre los seis tutores destacaba, por su inagotable peroración, un gran financiero, (ya viejo, sino por los años, por sus ideas), que fué íntimo amigo del padre de Guillermo. Y en nombre de todos le decía, entre otras cosas y sin perjuicio de que los demás añadieran alguna que otra frase:

—Desde que nos fuiste encomendado cuando aun eras un niño, creemos haber cumplido con nuestro deber... Hoy dejas de estar bajo nuestra tutela... Llegaste á tu mayoría de edad y quedas libre... Si necesitas nuestro consejo te lo proporcionaremos... Puesto que tu poca edad es propia para recomendaciones que puedan salvarte, te aconsejamos nuevamente, como una obligación que pesa sobre nosotros, que no te dejes llevar por los peligros del alcohol. El alcohol es un monstruo enorme de poderosas armas que destruyen y matan... Por generaciones ha sido la ruina de una familia... Cuando aun tú eras niño, tu padre, hoy ya puedes y debes saberlo todo, tuvo una de las muertes más trágicas que haya yo visto, presa de un ataque de alcoholismo agudo...

Guillermo, atemorizado por la dolorosa evocación de la trágica muerte de su padre, y asegurándose no asemejarse en nada en este punto, contestó á sus tutores:

—Gracias, caballeros... No echaré en saco roto tan sana indicación... ¿Se van ustedes ya?... Celebraré verles á menudo por mi casa, que es

la de ustedes, y yo no desperdiciaré nunca cualquier oportunidad que me permita estar en su grata compañía... Adiós, señores...

Después de dos horas de "conferencia educadora", era ya hora de que Guillermo quedase libre tanto de cuerpo como de espíritu.

Pero no estaba todavía solo, porque uno de sus seis tutores, el Doctor de la familia, miraba desde un rincón, con su gruesa cara sonriente, al "mareado" Guillermo.

Estimulado por el carácter franco y jovial que había observado siempre en el doctor, Guillermo, sometiéndose como buen enfermo á su protector, le preguntó:

—Doctor,... doy una pequeña cena íntima con motivo de mi cumpleaños... ¿Tiene usted algo que objetar?

—Nada, chico, nada... ¿Qué mal hay en ello? El capítulo "Disfrutar" está escrito en el libro de la vida en caracteres rojos.

—¿Cree usted que existe el peligro de que el alcohol me arruine?

—¿Te gusta hacer ganchillo?

—No se me ha ocurrido nunca tomarle afición á esa labor...

—Pues á tu madre le gustaba mucho hacer puntillas...

—¿Y eso qué tiene que ver?...

—Todo guarda relación entre sí. De consiguiente, si crees que vas á heredar el vicio del alcohol,... sería lógico que te encantara hacer encaje de bolsillos.

—No está mal la comparación. Es para vencer á uno...

—Vete tranquilamente á la fiesta... y diviértete.

—Gracias, doctor,... Hasta más ver...

Conforme lo había dispuesto de antemano con sus amigos... y amigas, Guillermo festejó su mayoría de edad en un reputado *restaurant à la mode*.

A Susana Drayton, una artista de cabaret, lo que diríamos en términos generales "una muchacha completa", que tenía revolucionado al sexo fuerte con sus muchas arrobas de simpatía, le cupo el "honor" de sentarse á la derecha de Guillermo.

Donde sólo hay gente joven... y alterna el buen humor con la abundancia de una comida acompañada pródigamente de las más variadas bebidas, sólo puede haber mucho bullicio y muchas ganas de divertirse cual si nunca más hubiera de presentarse otra ocasión para olvidar un momento la cara de la vida que para todos tiene su mueca.

De todos los presentes era conocida la odisea del padre de Guillermo y por esta razón el hijo era blanco de maliciosas y escudriñadoras miradas.

Susana se interesaba por el millonario y no perdía uno de sus gestos. Comparando á Guillermo á todos los demás, Susana veía en él al joven inexperto, educado en severos principios, "maternalmente" vigilado por sus numerosos tutores, y que, al contacto de las cosas nuevas que iría conociendo del mundo, corría el peligro de echarse á perder con la avidez de penetrarlo todo, puesto que contaba con medios para ello. Y recordando ella misma un caso de un primo suyo que estudiaba para seminarista en vida de sus padres, y que al morir éstos y heredar sus

bienes se dejó arrastrar por la corriente hacia la cual le condujeron su espíritu inquieto y su fuego juvenil, viviendo demasiado aprisa deseoso de ganar lo perdido cuando no conocía lo que era la vida, y convirtiéndose en un vulgarote trasnochador cargado de vicios y despojado por ellos de su fortuna..., Susana sintió en su interior que no podría consolarse de que el caso se repitiera en Guillermo. Además, enterada de la pasión de su padre por el alcohol, y suponiendo como todos que Guillermo no escaparía á la ley de herencia sin un supremo esfuerzo de su voluntad, le detuvo, cuando él iba á apurar otra copa de champaña, con estas palabras:

—Creo que no hay necesidad de beber para pasar un rato divertido... Los mejores momentos de mi vida los he tenido estando serena.

Guillermo se sorprendió y replicó:

—¿Acaso quiere usted decir que tal vez yo siga las huellas de mi padre?

—No estaba yo pensando en sus antepasados sino en su cabeza. Se le ha subido algo.

—No me dí cuenta, entonces...

En este momento, dos camareros, veteranos del restaurant, que sirvieron en otros tiempos al propio Guillermo Bates (padre), comentaron entre sí:

—Ese es el hijo de Bates. Y de tal palo tal astilla. Es digno descendiente del viejo...

—Ya, ya... Cuando comience á hacer de las suyas, va á dejar tamañitos á todos los presentes...

Estas confidencias fueron sorprendidas por Guillermo, atento como estaba á la menor indirecta que se le dirigiese. Dándose cuenta, con

ira, de que todos esperaban verle caer vencido por la bebida, para darles la razón de que los vicios de los padres se transmiten de generación en generación, Guillermo se sintió molestado en su amor propio y la nerviosidad, por razón natural, tomó la forma de necio desafío.

—¡A beber todos!—gritó, subido á una silla— Apuesto lo que queráis á que me bebo esta botella de champaña sin que se enturbien mis ideas. ¡A beber, he dicho! ¡Yo pago! ¡Viva la alegría! ¡Vivaaa!

Susana no pudo evitar que Guillermo reflexionara su absurda apuesta.

Como era de prever, aquella noche, por vez primera, Guillermo pisó los umbrales de la casa de sus antepasados, entonces suya, con la misma inseguridad y lamentable estado que ellos.

El criado de Guillermo, que vivió siempre y moriría en aquella casa, lloró con hondo pesar ante el denigrante y á la vez compasivo espectáculo de la embriaguez del joven apenas lanzado al laberinto humano. No era precisamente ese callejón que daba salida á la felicidad...

Por la mañana, al levantarse y echar una ojeada sobre lo que hizo la vispera, Guillermo pasmóse de que no le doliera la cabeza y no sintiera efecto alguno. Al contrario, estaba animado... y de buen humor. ¡Qué cosa tan singular!

El criado que fué á despertarle aguardaba frente á él sus órdenes para traerle el almuerzo á la cama, ó ayudarle á vestirse. En su presencia, Guillermo exclamó, refiriéndose á su borrachera de la noche anterior:

—¡Caramba! Tal vez me va bien para la salud...

El criado, que estaba deseando poder aconsejarle, le contestó vivamente, humildísimo y emocionado:

—No, señor,... No lo haga... Eso fué lo que mató á su papá. De veras...

—¡Cómo! ¿Acaso crees que á mi me dominará también el alcohol? ¡Quita! Voy á demostrar á todo el mundo que si me propongo no ser un borracho no lo seré. Para algo tengo fuerza de voluntad.

El viejo sirviente inclinó su canosa cabeza hacia el suelo, como si le pidiese perdón, y rogó por que no se extraviase la tierna oveja confiada é ignorante...

No hubo remedio para Guillermo. Desde el primer día que desafiara á la bebida, la bebida fué feroz en su venganza y no le dió tregua ni descanso. Decididamente, Guillermo sufría los

efectos del poder hipnótico de la ley de herencia, de cuyas malélicas redes no podía librarse.

Susana, digámoslo desde ahora, completamente enamorada de Guillermo, fué su acompañante en sus visitas á los centros de diversión aristocráticos, y dos semanas de trato entre ambos se convirtieron en dos semanas de mutuo inte-



...dos semanas de trato entre ambos...

rés y cariño, pero la intervención del Rey Alcohol neutralizaba lo que de otra manera sería una felicidad completa.

Era verdaderamente lamentable que á cada comida, cena ó lo que fuese, Guillermo saliese mareado, inseguro de sí mismo.

—Atiéndeme, Guillermo. Es la milésima vez que te lo pregunto. ¿Por qué bebes de ese

modo?

—¿Por qué no? No te inquietes, mujer. Tienes que convenir que no me hace ningún daño...

—No sé si creer en la ley de herencia, pero en lo que sí creo es en la fuerza de costumbre.

—¿Crees que es la fuerza de la costumbre la que me guía á beber ésta copa ahora?

—En parte es por eso, y en parte porque no te sientes bien... Prométeme que irás á tu casa á descansar tan pronto nos separemos ahora.

—Si, mujer: me iré á la cama en seguida.

—Así me gusta, Guillermo. Yo no sé cómo me habrá entrado el cariño tan grande que te tengo, pero lo que sí sé es que, aunque sólo fuera por tí, quisiera que fueras bueno... digo bueno y ya sabes lo que quiero decir. Ser bueno tiene muchos significados. Al que yo me refiero, es que seas feliz, que todo el mundo te considere cual por tu nacimiento y educación mereces. En fin, yo quisiera tantas cosas para tí...

—Tú eres una mujer digna de todas las alegrías, y voy á complacerte...

—Pues si eso haces vamos á ser tres los que saldremos ganando.

—¿Quién es el tercero en este reparto?

—... El director del teatro donde actúo... El hombre está malhumorado porque no estoy tan alegre como antes... es decir, desde que te conocí. Conque ya lo sabes: tú nos salvarás... cuidando mejor tus gestos.

La promesa que Guillermo hiciera á Susana la olvidó él pronto, en el primer bar que vió en su camino. La manía de no querer ser borracho le sugestionaba de tal modo, que á cada paso que daba necesitaba ahogar con bebida la fiebre

del vicio, esa sombra del padre que le hipnotizaba.

Era inútil ya esperar nada bueno de él.

Los que le conocían y le veían en el más vergonzoso estado del hombre, solían considerar que por ese camino Guillermo no duraría tanto tiempo como duró su padre.

El viejo criado de Guillermo, desconsolado del poco juicio que demostraba tener éste, no opinó era conveniente esperar más tiempo, para ver si volvía á sus antiguas y sanas costumbres, y se atribuyó el deber de ir á avisar al tutor que más temía Guillermo:

—He venido, señor, á decirle muchas cosas respecto al señorito Guillermo. Sólo usted, con su influencia moral, puede arrancarlo á esa vida disipada que lleva continuamente. Bebe con exceso, señor... Regresa á horas muy avanzadas de la madrugada... Come poco en casa... Se nos va á morir cualquier día, señor...

—No se aflija usted, Juan. Yo arreglaré este asunto... y ya veremos quien vence: si el vicio ó las reconvenciones á tiempo de un amigo sincero que sabe de la vida lo que él todavía ignora.

A las dos y media de la tarde, cuando Guillermo, apenas levantado, empezaba á aburrirse, se le presentó, importunamente, el tutor requerido por el criado. Disimulando el objeto de su visita, el tutor le habló de esta manera:

—Haces muy mala cara... Deja el trabajo por algunos días y sal fuera de la población, de vacaciones...

—Si me encuentro bien...

—Salta á la vista que nos ocultas algo... Estás cansado y necesitas descansar un poco. Sigue

mi consejo, y sal lo antes posible.

—Mire usted... Yo ya me imagino á lo que usted ha venido... y lo que han debido decirle. No trate de decirme mentiras... Usted cree que el alcohol me domina. Y tal vez sea cierto, pero si caigo, caeré luchando...

—Estás obcecado, hijo mío. Yo no permitiré que te encenagues por falta de voluntad.

—Yo quiero luchar solo... Si soy vencido, el resto de la pelea será en las tinieblas, sin que haya un grupo de amigos que aplaudan y hagan comentarios desde la galería.

—Desmereces mucho en mi concepto hablando de ese modo. ¡Eres ingrato! ¡Y en nombre de la dignidad del hombre, te llamo á la razón!

—Está bien... Voy á partir, pero... ¿y mis negocios?

—No faltará quien asuma su dirección... Olvidalo todo, ¿lo entiendes? todo, y purifícate en cualquier apacible lugar.

Guillermo hubiese preferido desaparecer por algún tiempo sin que nadie se enterase, pero hubo de exceptuar á Susana, de quien despidióse mientras cenaban juntos en su restaurant favorito.

—Tengo que alejarme por una temporada á las montañas de Vermont... y no volveremos á vernos hasta mi regreso.

—¡Admirable!—dijo, palmoteando, Susana —montañas son lo que te hace falta...

Se separaron para volverse á ver dentro de algún tiempo, que Susana, egoísta como buena enamorada, deseaba fuese el más corto posible.

Pero las "montañas" que había nombrado Guillermo eran cierto rincón de los suburbios.

Y un día, en el camerino del teatro donde Susana trabajaba, un amigo la enteró de que había visto á Guillermo en la ciudad.

—¡Cómol! ¿Guillermo? ¿Ha visto usted á Guillermo en la ciudad? ¿Cómo es posible? Si me dijo...

—Estaba cayéndose de puro ebrio en una taberna de mala fama en los suburbios.. Y por cierto que decía que el alcohol le dominaba ya completamente.

—¿Quién es el hombre que en esta ciudad tiene mayor influencia sobre Guillermo?

—Uno de sus tutores, el doctor Grigs; es su mejor amigo á la par que excelente consejero...

—Iré á verle... Gracias por sus noticias, amigo mio...

Sin perder minuto, Susana se personó en casa del doctor y le puso rápidamente al corriente de como se volvía Guillermo.

El Doctor, á pesar de su sempiterno optimismo, naturalmente perjudicado por la lección de la experiencia recibida en lo que hacía referencia á Guillermo, contestó:

—Comprendo perfectamente, pero creo que es demasiado tarde ya.

—¿Tarde? ¿Usted cree, entonces, que hemos de abandonarlo á su triste suerte?

—Usted ama á Guillermo, ¿no es verdad?

—... Si, doctor, y no sé lo que daría por impedir su naufragio.

—Bien... de usted depende ahora...

—¿Dice usted que de mí?... ¿Cómo?...

—Haga usted que se olvide de sí mismo... que solamente piense en usted...

—¿Que lo enamore completamente?... ¿Que

me necesite á su lado, quiere usted decir?

—Eso mismo... Que tema perderla... Si necesita detectives para encontrar á Guillermo, búselos y páguelos... y pásame después la cuenta...

—Muchas gracias, doctor. Le estoy muy agradecida.

Oculto de tabernucho en tabernucho, donde, por ser lugares mal frecuentados, nadie podría descubrirlo, pasaba Guillermo las "vacaciones" recomendadas por su ex-tutor.

Los mismos oscuros clientes de tales establecimientos se extrañaban de que Guillermo alternase con ellos, cuando, á pesar de que no dejaba nunca de embriagarse, se veía claramente que pertenecía á una esfera social elevada.

Muchos de los concurrentes, sin escrúpulos por nada, se aprovechaban de la "generosidad", á veces, las más, obligada con amenazas, de Guillermo, y bebían lindamente á sus costas. En una palabra, le "apreciaban" y "consideraban" incluso, porque no perdían nada con ello.

Pero cierto día, después de una larga ausencia, se presentó en la taberna donde, al parecer, Guillermo había fijado su "residencia veraniega", un tal Doyle "El Lechuzo" que había sido pugilista en su provincia y que llevaba en el rostro las "gloriosas" señales de sus pasadas peleas. Era "caballero" que no sabía de qué ni cómo vivía, y al que sólo se le conocía por la palabra "Vamos", pues la tenía tan metida en la sangre, que la empleaba á guisa de prólogo ó epílogo, siempre que había de decir ó aprobar algo.

Y como que "Vamos", digo Doyle, era más presuntuoso que un torero peor que un cólico

en verano, no le cayó en gracia el señorito que "gastaba" como todos juntos. Picado de la curiosidad de saber quién era ese niño alcohólico, le buscó conversación:

—¡Hola, camarada!

Guillermo no le hizo caso...

—¡Contigo hablo Isabel!...

—Yo no le conozco á usted... Yo no me meto en nada...

—Chicos, pues sí que gasta bueno el príncipe. Está bebiendo coñac legítimo... como los buenos. Apuesto á que usa agua de rosas para quitarse el dolor de cabeza... ¡Ja, ja!

Guillermo sintióse enrojecer de cólera, pero supo contenerse en el momento en que iba á satisfacer el deseo de dar una bofetada al "Lechuzo"; no le convenía armar escándalo. Sin embargo, á fin de que Doyle no le molestara más, se le cuadró muy resuelto, y, como quien avisa antes de pegar, para infundir temor y quedar en paz, le dijo:

—¿Alguna cosa más que le ofrezca?...

—Si... La próxima vez que venga yo, procuraré no estar aquí. A mí no me importa, pero á usted puede importarle...

—¿A qué viene que se meta usted conmigo?

—Porque me da "repugnancia" que las aves beban, pollito. ¡Ja jay, qué gracioso!



—Yo quiero luchar solo.... Si soy vencido, el resto de la pelea será en las tinieblas....

*
*
*

Un grupo de artistas sin nada que hacer hasta que se abriera la temporada de zarzuela, organizaron un visiteo general de los suburbios de la ciudad, en busca de emociones y de la oportunidad de encontrar tipos interesantes cuyas maneras fuesen dignas de copia para el ejercicio de su profesión.

Susana, con el poderoso motivo de buscar á Guillermo, habíase unido á la "troupe" curiosa.

Inevitablemente, pues, los artistas entraron en la taberna donde Guillermo seguía en su veraneo á pesar de la observación que le hiciera el "Lechuzo" de que se fuera en seguida de allí para no volverlo á ver una segunda vez.

Susana, que no dejaba en cada taberna que visitaban ningún rincón por inspeccionar, halló á Guillermo sentado á una mesa, teniendo frente á sí una botella y un vaso, medio dormido.

—¡Virgen Santa, cómo está! —exclamó, asustada.

—¡Eh! ¿Quién es? ¿Qué queréis?

—¡Guillermo!...

—¡Ah!... ¿Eres tú, eres Susana?

—Si, Guillermo. Vine á verte... Me dijiste que estabas...

—Vine aquí con una partida de amigos... porque me hacía falta el aire de las montañas.

—¡Guillermo, mírame! ¡Despierta! ¿Por qué me dijiste mentiras? ¿Por qué estás haciendo lo



.. halló á Guillermo sentado á una mesa...

posible por llegar más pronto al abismo y rebajarte de esa manera indigna?

—No me recuerdes... ¡Soy un condenado! La ley de herencia me tiene agarrado por el pezcuezo, y terminaré como terminó mi padre; es la fatalidad.

—No; eso no puede ni debe ser, ¿lo oyes? Tú...

Doyle el "Lechuzo" no permitió á Susana que acabase la frase empezada.

—¡Vamos! ¿Susana, la de Denver? Mujer, me alegro de verte. Me dijeron en San Francisco que andabas por aquí.

—¡Suelta usted!...

—A mi no me engañas con tu pelo teñido y tu mirada inocente.

—¡Suelta usted!

—Dame tu dirección... quiero hablar contigo, porque tengo muchas cosas que decirte... Dame tu monedero.... Esta es tu tarjeta, ¿no? Gracias.... ¿Qué quiere usted joven?... Ah, pero ¿eres tú el pollito de ayer? Ya sabes que te dije que no quería que te me pusieras delante, y te voy á dar lo prometido. Vamos...

—¡Miserable! Abusas de mi debilidad.... ¡Ay! ¡Cobardel... Si no estuviera así... sin fuerzas...

—Déjelo, por Dios,—le imploró Susana, casi sin poder hablar por la emoción recibida... Es un pobre muchacho.

—Es un antipático.... Míralo ahí ahora ... Su orgullo de ayer por los suelos. Así sabrá que de mi no se rie nadie, ni mi mismo padre. Tendría que ver. En cuanto á ti, vendré á verte en tu casa. ¿Entendido? ¡Vamos!

Guillermo se reponía apenas de los duros golpes recibidos. Susana le ayudó, inquieta, á levantarse del suelo. Guillermo estaba más livido que nunca, su vista buscaba algo con ferocidad... aunque parecía estar nublada de lágrimas....

—¿Te conoce ese granuja, Susana...? ¿Es tu amigo?

—No; no es mi amigo, Guillermo. Es un sal-

vaje.

—¡El bribón! ¡Debía mandársele á presidio!... ¿Qué? ¿Le defiendes? ¿Le tienes miedo?

—No... no tengo miedo... es decir, no creo que deba detenerse...

—¡Oh, déjame, déjame! ¡Se me va la cabeza... me vuelvo loco... quisiera morirme... ¡Qué horror, qué horror tan grande!



—¿Te conoce ese granuja, Susana...?

Los artistas se disponían á marcharse. Susana, al objeto de evitar que Guillermo fuese visto por alguno de ellos, si la vieran conversar con él, se separó de Guillermo, prometiéndose volver sola y sacrificarse si fuera preciso por extirparle su maldito vicio.

Al volver al lado de sus amigos, Susana se excusó por haberles hecho esperar, pretextando que estuvo hablando con uno de los hombres... un tipo interesante, (sin decir quién era).

Cuando Guillermo se vió otra vez solo, no pudo dominar el deseo feroz y primitivo de romper algo por desahogarse.

Nadie le escuchaba ya las bonitas picardías que, en opinión de un viejo borrachín, sabía decir Guillermo cuando su espíritu fermentaba (?).

Pero, luego, por el influjo del recuerdo de Susana, fué otro instinto el que se apoderó de él: era el deseo caballeresco de proteger á la mujer á quien amaba.

La ruda batalla que estalló en su pobre cabeza, era superior á sus fuerzas roídas por el dragón de fuego del alcohol.

Para calmar la irritación, Guillermo, rendido de fatigas, recostóse sobre la mesa para descansar, en el sueño, sus entrelazadas ideas...

A poco, Doyle y un compinche suyo pasaron por delante de donde estaba Guillermo, y se sentaron á otra mesa no lejos de la suya.

Guillermo debió advertir que alguien, (Doyle), se había detenido un instante frente á su mesa para cerciorarse de si dormía, é instintivamente se puso al acecho. Así oyó esta conversación del granuja y su ayudante:

—Todo está arreglado... —decía Doyle— Los muchachos la secuestrarán esta noche.

—Perfectamente.

—Se la llevarán á la casa abandonada de Dorgan, cerca del muelle.

—Bien...

—Vé allá ahora y vigila. Yo saldré por la ma-

ñana... ¡Vamos!

De las anteriores palabras Guillermo dedujo que Doyle, «El Lechuzo», había dispuesto el raptó de Susana. ¿Quién era ese Doyle? ¿Qué clase de amistad había tenido Susana con él? ¿Por qué había de apelar Doyle á la violencia para entrevistarse á solas con Susana? ¿Sabía quizá que ella, contrariamente á lo que hiciera antes, no quería volver á tratarlo, olvidando por completo la amistad, sea cual fuere su índole, que tuvieron en otros tiempos? ¿Querría acaso despojarla de cuanto de valor fuera dueña?

Empujado por la nobleza de sus sentimientos que en su embotamiento lograron, por la fuerza de la voluntad que se impuso por una vez siquiera á todo poderío, Guillermo salió detrás de los dos hombres y entre las sombras de la noche siguió al cómplice del «Lechuzo» hasta una casita, la casita en cuestión de la ribera soñolienta, en la que, conforme había sido dispuesto, estaba encerrada Susana.

El cómplice se sentó frente á la puerta de la cabaña donde Susana aguardaba con ansia el final de su odisea, y Guillermo buscó un medio eficaz recurriendo á la astucia á falta de fuerzas con las cuales no podía contar, aunque se sentía, á la idea de salvar á Susana, completamente dueño de sí, para desembarazarse de aquel enemigo. Una red de pescador le iluminó la mente. Con un leve temor de fracaso, Guillermo se abalanzó sobre el guardián de Susana y, aprehéndolo en la red, en la que lo había envuelto de piés á cabeza, lo tendió en el suelo y libertó á la raptada, entre su natural estupefacción.

Guillermo acompañó á Susana á su casa, y en

ella, tras un necesario descanso, con toda calma, analizando la gravedad del caso que se le acababa de plantear á Susana, y poniendo á prueba sus vehementes propósitos de que ella viviera tranquila, la habló de este modo:

—No es posible que sigas preocupándote y afligiéndote de esa manera. Voy á hacer que la policía detenga al "Lechuzo".

—No... por favor... eso no—replicó ella con manifiesto temor—. No puedo explicarte por qué... pero no debes hacerlo...

—¿Tienes miedo, acaso, de la policía?

—Por favor... es indispensable que tengas confianza en mí.

—Está bien... Y como la patrona de tu casa no puede servir de protección alguna en un caso como este, yo me quedaré esta noche á fin de ir hasta el fondo de este asunto... por si ese se atreviera á venir...

••

—Me caigo de sueño, Guillermo... y creo que te voy á dar las buenas noches.

—Duérmete, Susana, y no te afligas ni te preocupes...

—Nunca olvidaré tu rasgo de interés por mí...

—Cualquiera, en mi lugar, se habría portado como yo...

—Hasta mañana...

—Hasta mañana...

Guillermo apagó las luces y se acomodó en un sillón, mirando hacia la ventana cuyos cristales biselados la luna hacía destacar en la penumbra de la habitación.

De pronto, obsesionado por una idea, Guillermo se imaginó que no podía rehusar la bebida excitante que una mano misteriosa le ofrecía, y que, vencido en su embriaguez absoluta por el sueño, no podía impedir que el "Lechuzo", introduciéndose subrepticamente en su casa, se llevase á Susana que le clamaba auxilio.

Afortunadamente era una visión producida por la implacable sugestión.

Sin embargo, tan arraigado estaba el vicio, inclemente para con él, en su espíritu, que parecía ir del brazo de la fatalidad misma, pues una fuerza invisible le atrajo la mirada hacia un licorero. Y resurgió el mandato fatal que vivía en su sangre misma, que lo dominaba, que lo tiranizaba, que le atraía, que le daba órdenes. En su



...y libertó á la raptada...

cerebro asustado se alzaron como espectros amenazadores las memorias de otros hombres esclavos de la bebida, que fracasaron cuando todo dependía de ellos y que en el momento en que llegó la crisis suprema tenían muerta la voluntad.

Y Guillermo pretendió sustraerse á la atrac-

ción del pálido reflejo del cristal envenenado. No pudo. El hipnotismo del terror hacía presa, brutalmente, desesperadamente, en él. Y olvidárase de su sagrada misión de velar por una mujer indefensa que dormía confiada en su ayuda, apurando trémulo de deseo el contenido de la botella, si no oyera pronunciar su nombre por



—¿Tienes miedo, acaso, de la policía?

Susana durante el sueño, como un suspiro de amor. Fué un milagro que le abrió los ojos á la realidad y le dió fuerzas bastantes para arrojar de sí al demonio de la tentación.

Apenas operado el milagro, Guillermo vió, en los cristales de la ventana, dibujada la silueta de Doyle. Se hizo á un lado, y cuando rompiendo

uno de los cristales, el miserable entró en la casa, Guillermo le saltó al cuello y en reñida lucha rodaron los dos por el suelo.

Al ruido de la pelea, Susana acudió y encendió la luz.

Guillermo, jadeante, sangraba de los labios; Doyle estaba en tierra.

Guillermo y Susana levantaron á Doyle que volvió en sí, y las primeras palabras que éste pronunció fueron para Guillermo:

—¡Juro que me la pagarás!

Guillermo no pensaba en eso en aquel momento. Discurría, solo, sobre otras cosas que le inquietaban más que una probable revancha...

Doyle, lamentándose amargamente, objetó á Susana:

—Esta paliza no entraba en la cuenta cuando hicimos el trato.

—¿Qué dice este hombre?— preguntó, sorprendido Guillermo.

Susana clavó sus ojos en los suyos para que leyera en ellos al ardid...

Doyle no se ocupaba más que de su cuerpo dolorido.

—Salvando á un hombre debilitado por el alcohol, ¿eh?... Pues si eso es ahora que está debilitado, la verdad, no tengo ganas de topar con él cuando haya recobrado las fuerzas. Con una bofetada es capaz de echar á pique un trasatlántico.

Guillermo, confundido, murmuraba con enfado...

Susana arriesgándose á decirle toda la verdad, le contó lo sucedido:

—Sí, Guillermo... Fué un lazo... Este es el se-

ñor Doyle, jefe de una agencia de detectives. El me ha ayudado de acuerdo con los consejos del doctor Grigs.

—Si, vaya un lazo; por poco más me mata.

—¿Te enfadas con Susana, Guillermo? ¿No comprendes que era necesario, por tu bien... y por mi bien, distraer tu atención hacia otra pasión que la del alcohol? Cuando estabas ahí, junto al armario, indeciso entre beber y no beber, y me oíste murmurar tu nombre, quiero que sepas que no estaba durmiendo. Te llamé mi corazón, que no se separa de tí... Y no bebiste... Probé si mi corazón vencía todo...

—Gracias... amor mío... con toda mi alma.

De los tres personajes sobraba ya uno en aquella comedia, cuyo fin era próximo. Ese era el descompuesto Doyle.

Guillermo lo despidió pero antes le dió algunas explicaciones y le hizo halagüeñas promesas.

—Lo siento, pero fué una soberana pelea, ¿verdad? De todos modos yo le debía á usted una soberana paliza ¿Se acuerda? Olvidémoslo todo. Adios, señor Doyle. Ya iré á verle y no se arrepentirá de recibir mi visita.

—Quédense ustedes con Dios. Hasta la vista, señor. Veo que el lazo dió resultado y me alegro. Sin embargo este caso me servirá de experiencia... y la próxima vez que me vea en un asunto como éste, me visto de hierro. ¡Vamos!

La cosa no era para reirse; pero á pesar de ello Guillermo y Susana lo hicieron.

Su risa quería demostrar que todo no fué más que un motivo preparado por el destino para que se conocieran mutuamente lo suficiente para

ra amarse el uno al otro y unir sus existencias.

Con una compañera tan fiel ya no temería Guillermo los implacables efectos de *la sombra del padre*, pues quedaba demostrado que había bastado el empeño de la pasión de Susana para vencer á otra pasión, más odiosa y repugnante si se la comparaba á la dulzura infinita del horizonte sereno que se les aparecía en lontananza como un apoteosis maravilloso de un amor nada vulgar....

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre á hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robín de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre.

Postales-fotografías

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran.

¡COLECCIONISTA!

No vacile usted en adquirir en seguida los números publicados de nuestra publicación, pues son tantas las demandas que de todos los correspondientes se reciben, que de nuevo van á agotarse las reimpresiones hechas.

Además, preparándose una verdadera y gran sorpresa, sentiría usted no tener completa nuestra colección de novelas y postales por lo que

Alerta y dése prisa en adquirir los números que le falten,
en

Todos los kioscos

**Todas las bibliotecas de las
estaciones de F. C.**

**Todos los buenos correspondientes
de España.**

Números corrientes: 25 cts.

Extraordinarios: 50 cts.

¡No espere usted más tiempo!